

EDUARDO KINGMAN Y BLANCA MURATORIO. *LOS TRAJINES CALLEJEROS. MEMORIA Y VIDA COTIDIANA. QUITO, SIGLOS XIX-XX.*
QUITO: FLACSO ECUADOR, 2014, 244 PP.

<https://doi.org/10.29078/procesos.n57.3726>

Los canales, flujos o relaciones entre la ciudad y el campo generan prácticas que caracterizan la vida cotidiana de ciudades como Quito. La disputa y significados de estos espacios es lo que atañe al trabajo que presentan Eduardo Kingman y Blanca Muratorio en *Los trajines callejeros: memoria y vida cotidiana: Quito, siglos XIX-XX*, una obra que conjuga la historia y la antropología para estudiar los cambios culturales en la modernidad temprana. Los autores desarrollan una reflexión amplia sobre “lo urbano”.

Gracias al Municipio de Quito, la Fundación Museos y FLACSO Ecuador los autores realizan este estudio que implica una mirada compleja sobre las identidades. La estructura de esta compilación comprende cinco capítulos. En el primero Kingman discute lo que él entiende como trajines callejeros: tanto en el siglo XIX como en la primera mitad del XX fueron formas de circulación paralelas que constituyeron las dinámicas comerciales de economías formales e informales que tenían relativa autonomía del Estado (p. 9). Después de esta visión más metodológica y conceptual, se presentan tres artículos de Muratorio y uno adicional de Kingman, referidos a casos específicos sobre memoria y la cultura popular. El libro cuenta con 90 imágenes de archivos de instituciones como el Leibniz-Institut für Länderkunde y el Banco Central del Ecuador.

El capítulo introductorio, llamado “Oficios y trajines callejeros”, permite a Kingman profundizar en el análisis de la configuración de Quito y la descripción que, según Reginald Enock, los cronistas europeos hicieron sobre la ciudad. A mitad del siglo XIX, con una fuerte estratificación social y mala calidad de servicios, Quito era comparada con localidades europeas de tercer orden debido, entre otros factores, a su escasa industrialización. A diferencia de otras urbes de Latinoamérica y Europa, la capital ecuatoriana mantuvo por más tiempo el peso e importancia del comercio popular en sus calles. La dinámica de ese mercado organizaba la vida cotidiana, en términos corporativos: gremios, cofradías y sistemas de ayuda mutua permitieron que la dependencia estatal se reduzca y que el movimiento urbano no esté determinado solamente por las élites. La entrada de la ciudad a la modernidad temprana¹ modificó la forma de ver la cultura popular y trasladó las preocu-

1. El autor menciona que es consciente de que este término puede usarse en diferentes

paciones de las clases altas a otros tópicos. El ornato y la nueva estética que se alejaba del barroco antiguo comenzaron a tomar fuerza. En este proceso civilizatorio se limitó el comercio popular, las celebraciones en las calles y a las fronteras entre estratos.

El segundo artículo, de Blanca Muratorio, lleva por título “Vidas de Calle. Memorias alternativas: las cajoneras de los portales”, y realiza un acercamiento etnográfico e histórico al papel que desempeñaron estas mujeres en el proceso de transición a la modernidad. Las buhoneras son catalogadas como vendedoras de memoria y consideradas de mal gusto por la clase dominante; pero bajo la mirada popular representaban una identidad familiar. Mediante el uso de la historia oral se vislumbra el proceso de finales del siglo XIX donde el ornato y la estética moderna generaron disputas con los espacios ocupados por el comercio popular. El concepto de memoria que la autora utiliza se aleja de la visión tradicionalista que engloba lo culto y se apega a las memorias no hegemónicas o alternativas.

En el tercer artículo, “Etnografía e historia visual de una etnicidad emergente el caso de las pinturas de Tigua”, Muratorio relata su experiencia con las obras de dos pintores indígenas en la Universidad de Columbia Británica y su acercamiento al movimiento pictórico originario de Cotopaxi. El argumento central que maneja la autora es que las obras de estos pintores no deben ser catalogadas como arte primitivo o aborigen. Más bien cabe observarlas como un proceso de memoria y de construcción de identidades alternativas. Debido a la reafirmación de la identidad de grupos subordinados existen otros caminos de análisis tanto en categorías y conceptos artísticos para las obras indígenas. Después de un proceso de secularización de los temas, en las pinturas de Tigua han predominado temáticas etnográficas como labores agrícolas, matrimonios, vida cotidiana, etc. y, por otro lado, la incorporación de memoria histórica. En este ámbito, las obras representan un espacio de narrativa que amplía el discurso de etnicidad emergente y también un espacio de memoria social.

En el cuarto estudio, “Materiales de la memoria: el gremio de albañiles de Quito”, Eduardo Kingman se propone revisar un texto sobre la historia de este grupo social, apoyado en los testimonios de Nicolás Pichucho y Segundo Jacho. La revisión de la memoria desde los testimonios de vida puede tener una visión distinta según el autor. Para Kingman esto se debe a que se incorporan factores de estudio como la economía, la cultura o las relaciones de los agentes sociales con las dinámicas de poder del Estado. La vida social de 1930 a 1950 estuvo marcada por la industrialización y el inci-

temporalidades. Para los usos prácticos de los artículos realizados, la modernidad temprana es ubicada en la primera mitad del siglo XIX como un concepto de larga duración.

piente nacimiento de la modernidad en las ciudades. Toda la organización de clases constituía una estructura con base en el privilegio, traducido en los sectores más desfavorecidos como discriminación a su economía y hábitos, como violencia simbólica. Desde estas concepciones, el gremio muestra una *cultura del albañil* que luchó por el reconocimiento de su sabiduría, organización, políticas y uso de espacios. En esa clave, en las voces de Jacho y Pichucho, apuntaban a la educación de los trabajadores para sobresalir de los sectores populares y superar el discriminación (p. 9).

Muratorio se encarga del último artículo, llamado "Historia y memorias sociales: un coleccionista de presencias y evocaciones populares", un texto en colaboración con el coleccionista de cuadros, Iván Cruz, en el que rastrea resquicios de la historia del Ecuador a través del arte popular. Se estudian tres tipos de cuadros: retratos póstumos, representaciones sobre milagros y traspaso de la vida civil a la religiosa. La colección de Cruz está centrada enteramente en los sentimientos y actitudes culturales hacia la vida y muerte de los niños (p. 24). Las imágenes permiten reconstruir la memoria histórica y cómo los sujetos de finales del siglo XIX e inicios del siglo XX concebían la muerte. La intervención sobrenatural en las enfermedades o la muerte social entendida como el traspaso a la vida religiosa de las niñas amplía el espectro de comprensión sobre la cultura popular de la época de referencia. Para Muratorio la colección de este tipo de arte es una forma de salvar del olvido expresiones que no están en la misma clave del mercado artístico, donde prevalece el arte colonial.

La compilación de estudios ofrece una visión sobre la situación de las culturas populares y emergentes desde segunda mitad del siglo XIX hasta inicios del siglo XX. La modernidad y las corrientes de pensamiento occidentales crearon nuevas lógicas de ordenamiento urbano en Quito. Estos espacios de disputa, tanto físicos como de memoria y recordación, permiten comprender el desplazamiento de los grupos subordinados a ese lugar *no visible* de la cultura de la ciudad y la vida cotidiana. Estos nuevos lugares identitarios forman parte de una lógica popular que hizo frente a los embates del ascenso modernizador que excluía las lógicas no hegemónicas e indígenas.

El texto plantea algunas interrogantes alrededor de la memoria: estos elementos que hasta hoy han funcionado como catalizadores, ¿en algún momento pueden convertirse en mercancías y perderán su valor hasta ahora otorgados? Los espacios donde han tomado relevancia estas memorias ¿siguen siendo parte de una estrategia de desplazamiento y relegación a grupos subordinados? ¿Cuáles fueron las implicaciones en el siglo XXI de esta avanzada modernizadora que *afeó* las formas de comercio popular? El trabajo de Kingman comprende temporalidades de larga duración, lo que complica en algunos casos el entendimiento de algunos procesos expuestos. A pesar

de este detalle, la memoria, la cultura popular y la identidad son conceptos que atraviesan todos los trabajos en este compilado y permiten ampliar el espectro investigativo para estudiarlo en el presente. Es fundamental reconocer cómo las diferentes formas de comercio, identidades urbanas y desplazamientos sociales estructuraron las ciudades modernas a inicios del siglo XX. De la misma manera, es necesario identificar quiénes formaron parte de este proceso modernizador y fueron olvidados en el trayecto, a pesar de sus esfuerzos por ser reconocidos, recordados e inmortalizados en la historia.

Mauricio Andrés Burbano
Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador
Quito, Ecuador
<https://orcid.org/0009-0000-5322-3986>

JÉSSICA PAMELA TORRES LESCANO. *AMBATO: TERREMOTO Y RECONSTRUCCIÓN (1949-1961)*. QUITO: UNIVERSIDAD ANDINA SIMÓN BOLÍVAR, SEDE ECUADOR, 2021, 109 PP.

<https://doi.org/10.29078/procesos.n57.3727>

Desde finales de la década de 1980 la historiografía ecuatoriana ha desarrollado significativos estudios sobre las relaciones entre un poder determinado como “central” y sus contrapartes regionales o locales. Esa corriente recibe nuevas letras con el libro de Jéssica Torres, *Ambato: terremoto y reconstrucción (1949-1961)*. La autora indaga las acciones, reacciones y voces del “Estado central”, el “gobierno local” y la “población” en la reconstrucción de Ambato después del terremoto del 5 de agosto de 1949. En torno a esos tres sujetos de estudio visibiliza sus acuerdos y conflictos en el manejo de ese movimiento telúrico, dividiéndolos en las fases de emergencia, planificación y reconstrucción. En paralelo, Torres hace un acercamiento geohistórico a las transformaciones de la ciudad previa al sismo, la ciudad planeada en la reconstrucción y el resultado de esas obras. Con lo cual constata cómo se desarrolló en el tiempo la segregación espacial en la urbe y cuáles fueron los efectos del sismo en ese proceso.

Desde esa perspectiva, desarrolla dos ejercicios independientes, pero conectados. Uno está enfocado en indagar las interacciones del Estado Central, el gobierno local y la población en torno al manejo del terremoto. El otro está dirigido a rastrear los procesos de segregación vecinal en la ciudad antes y después de la crisis. La conexión entre ambos reside en el peso que tuvo la reconstrucción en ambos procesos. Para llegar a esos resultados, Torres plantea tres capítulos. El primero, “Ambato: el cataclismo no espera